



La desolación atómica: Hiroshima en 1945. El Presidente Truman asumió la primera terrible decisión. Ahora ha declarado que el tratado de Moscú es un «paso adelante».

EL "NACIONALISMO ATÓMICO"

Un senador norteamericano (de la oposición a Kennedy) ha comentado despectivamente el tratado de paz atómica de Moscú: «Es un papel mojado.» Es, en efecto, el papel mojado más importante que conoce el mundo desde hace quince años. Su espíritu, su principio, sus intenciones, deben marcar la próxima etapa de la historia. Si es que la creciente oposición que ha suscitado la rúbrica del pacto no termina con él antes de que sea operante. En el mundo acaba de nacer un nuevo término: el «nacionalismo atómico». Se aplica a aquellos que creen que toda afirmación de estructura nacional debe estar basada en el predominio atómico, y que la firma o la adhesión al pacto puede perjudicar ese «interés nacional». El autor de la doctrina es el Presidente De Gaulle, que el lunes pasado habló a la prensa —en una sala perfumada con «muguet» en el palacio del Eliseo, después de su tradicional frase de recepción: «Je me félicite, messieurs, de nous voir encore une fois réunis...»— en términos sarcásticos, irónicos y nacionalistas atómicos. Pero esta nueva postura —que en De Gaulle es antigua— tiene adeptos fuera de las áreas geopolíticas partidarias de los ensayos nucleares. Las críticas que se formulan contra el tratado son numerosas: unas son insensatas, otras son lógicas, todas están equivocadas y hay algunas muy peligrosas.

Un senador y el Pentágono

POR ejemplo, la del senador Barry Goldwater, que ha anunciado ya —junto con otros senadores— que votaría en el Senado contra la ratificación del pacto. Atención al senador Goldwater: no sólo es uno de los candidatos más caracterizados del partido republicano para las próximas elecciones norteamericanas, sino que se sospecha que tiene el apoyo del Pentágono, que una gran parte de los militares norteamericanos (de los militares «de arriba») están con él. La crítica esencial de Goldwater consiste en que el tra-

Por Eduardo HARO TECGLÉN

tado permitirá a la URSS continuar las pruebas subterráneas y, por tanto, llevar adelante un programa de armas nucleares tácticas en las cuales la URSS está ya por delante de Estados Unidos. Se atribuye a Goldwater la teoría de que hay que llenar el espacio exterior de satélites americanos cargados de bombas atómicas dispuestas a destruir medio mundo, y la doctrina de que, ante todo, hay que romper las relaciones diplomáticas con la URSS. No olvidemos que este hombre puede ser Presidente de los Estados Unidos. Aunque muy posiblemente su actual frenesí cambiase cuando se viera sentado en el despacho de la Casa Blanca. Otros no menos frenéticos que él aparecen más moderados. Por ejemplo, Truman, que el domingo pasado aclaró que el pacto le parecía «un paso adelante». Pero Truman tiene en su conciencia haber decidido por sí solo el lanzamiento de las únicas bombas atómicas mortíferas de la humanidad, las de Hiroshima y Nagasaki (y ya entonces declaró que la fuerza atómica era tan terrorífica que no podía estar sin control).

Miedo a la nueva economía de la URSS

II AY otras críticas más realistas al pacto. Por ejemplo, las de quienes creen que al suprimir las pruebas atómicas y al producirse el desarme que parece iniciarse con el pacto de Moscú, la URSS puede conocer una expansión económica que la sitúe por encima de los Estados Unidos —Kruschev ya ha insinuado algo de eso—. El crecimiento económico de la URSS es ahora de un cuatro por ciento anual (y de un tres por ciento en los países del COMECON). Se sospecha que la URSS va a retirar sus fuerzas de

Hungría y a disminuir los efectivos del Ejército rojo, para dar mano de obra a la industria: hasta ahora no ha podido realizar su proyecto de recuperar 1.200.000 hombres (de los cuales, 200.000 son oficiales) para la vida civil (el Ejército soviético se calcula ahora en 3.600.000 hombres). El decrecimiento de esta tensión le permitirá llevar adelante este programa económico, ciertamente. Pero algo similar ocurrirá en los Estados Unidos, y al mismo tiempo. Hace ya tiempo que un secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Humphrey —que luego dimitió—, decía que el país iba a la bancarrota como consecuencia del esfuerzo económico militar (por cierto que, pintorescamente, y con un lenguaje muy de la guerra fría, acusaba a quienes aumentaban los gastos de guerra de poner en marcha «un oscuro complot marxista» para hundir el país). El efecto del desarme sería igual para los Estados Unidos que para la URSS, aunque provocase graves cambios en Wall Street, donde hay mucho capital invertido en fabricación de armamento.

Un pacto pobre, pero con porvenir

FINALMENTE, las críticas más aparentemente objetivas del pacto son aquellas que se refieren al pacto en sí, a sus términos pobres. Son la base de la doctrina de De Gaulle: los «stocks» almacenados son ya suficientes para acabar con la civilización, las pruebas subterráneas permiten el perfeccionamiento de la bomba, nadie impide a los países contratantes aumentar su almacén, no hay sanciones previstas para el país que incumpla el pacto, cada firmante puede denunciarlo con sólo tres meses de preaviso... Es cierto: el pacto es pobre, modesto: sus cláusulas nos alejan escasamente de la posibilidad del conflicto nuclear, como ha dicho Kennedy: no producen una verdadera seguridad. Por eso sí no es exactamente un «papel mojado», es un papel demasiado breve.

Apertura de caminos

El error está en considerar el tratado por sus cláusulas. Lo importante es, como escribo en las primeras líneas, su espíritu, su principio y sus intenciones. En primer lugar, que haya sido firmado. Cualquier papel que lleve la palabra «acuerdo» y las firmas de las tres potencias nucleares es un documento trascendental, una piedra blanca en la historia negra. Pero, además, contiene palabras muy importantes. Y más importantes son las que contiene el comunicado conjunto, que en muchos periódicos no se ha publicado, y en el que muchos comentaristas no han fijado su atención. El comunicado dice en sus primeras líneas que se han discutido «las cuestiones relacionadas con la suspensión de las pruebas nucleares y otros problemas de interés mutuo», termina aludiendo a la discusión de la propuesta soviética sobre un pacto de no-agresión entre los países del pacto de Varsovia y los de la OTAN y dedica sus últimas líneas aludiendo al intercambio de puntos de vista respecto a otras medidas que tienden a una disminución de la tensión. Esta es la gran importancia de la reunión de Moscú: la apertura de caminos.

Correspondencia Kennedy-Kruschev

UNO hecho significativo ha sido el intercambio de mensajes personales entre Krushev y Kennedy por medio de Averell Harriman, que ha servido de correo diplomático. No es un hecho excepcional: se dice que el número de cartas personales cruzadas entre Kennedy y Krushev desde la crisis de Cuba, es hasta ahora de 61, y que son tan voluminosas, que podrían llenar varios libros. Se asegura incluso que la correspondencia comenzó antes de la crisis de Cuba, y que si se llegó a tan relativamente fácil solución de aquel problema grave fue, precisamente, porque había ya una especie de acuerdo general entre los dos prohombres.

¿Cuál es el contenido de estos dos mensajes que ha llevado Harriman? Un periódico generalmente bien informado (por su proximidad a De Gaulle) como es el «Nouveau Candidé» cree poder afirmar que en la carta de Kennedy a Krushev se aceptaba el comienzo de negociaciones entre el pacto de Varsovia y la NATO, a condición de que estas negociaciones no constituyesen una aceptación implícita de la Alemania del Este (que es uno de los países firmantes en Varsovia) y que Krushev había aceptado la condición. Se cree que la carta de

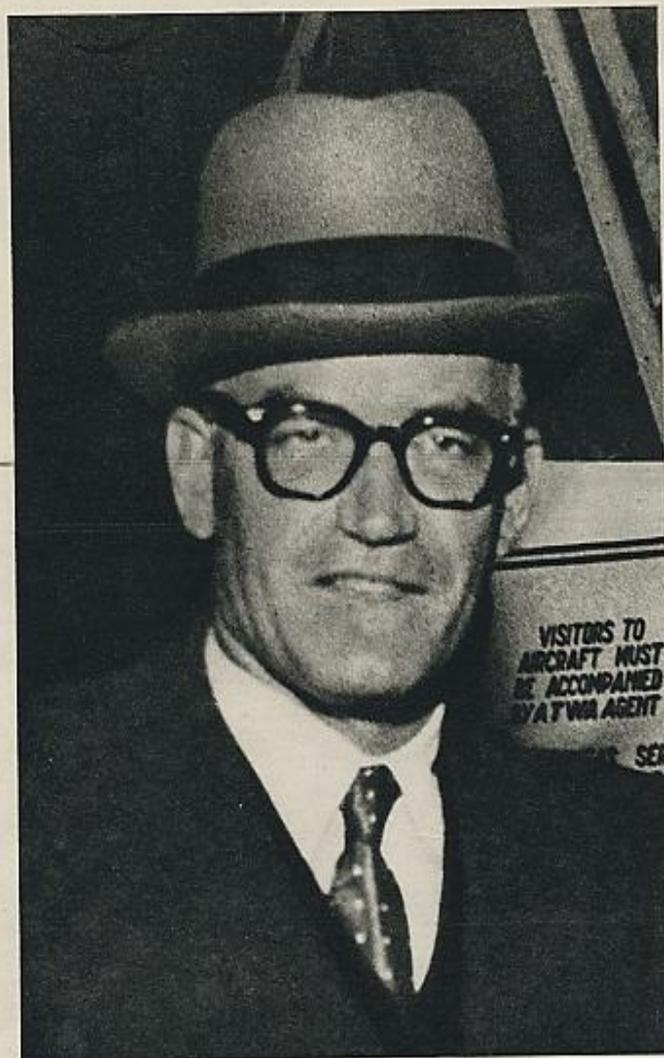
Kennedy preparaba una especie de proyecto de programa para proceder a las negociaciones.

El próximo paso va a ser la reunión en Moscú de los ministros de Asuntos Exteriores de las tres potencias atómicas. Se cree que la firma del tratado —si se consigue la ratificación por los parlamentos respectivos: en Gran Bretaña y en la URSS no hay ninguna duda, y en los Estados Unidos, Kennedy y Harriman creen que conseguirán la mayoría, a pesar de Goldwater— no será más que un aspecto protocolario de la cuestión, y que los ministros abordarán directamente los problemas que atañen a la seguridad europea: neutralización de zonas atómicas, problemas de Alemania y Berlín, retirada de tropas, etc.

Los supervivientes y los muertos

El camino que se abre es un camino incierto. Numerosos países menores —Francia y Alemania entre ellos— ven sus intereses nacionales perjudicados; grupos políticos se ven precipitados en la minoría; grandes capitales se precipitan hacia la quiebra. Es, en resumen, una revolución mundial la que tímidamente apunta, y puede malograrse en sus albores. Pero sobre todos esos intereses, actualmente grandes pero históricamente ínfimos, hay que tener en cuenta lo que está en juego: una guerra atómica. Una guerra que Krushev ha definido mejor que nadie con una de sus ciertas frases, en la que «los supervivientes envidiarían la suerte de los muertos».

E. H. T.



Atención al senador Goldwater: posible candidato republicano en las próximas elecciones, se sospecha además que cuenta con el apoyo del Pentágono. Goldwater ha criticado el acuerdo llevado a cabo con la U. R. S. S.